

Enrique Shaw

Un apóstol laico para nuestro tiempo

En el primer número de *Filópolis en Cristo*, cerrábamos la presentación de esta Sección dedicada a Enrique Shaw, recordando uno de los núcleos centrales de su pensamiento y de su testimonio, y lo reite-ramos aquí: “Debo hacer que Cristo reine en mí: en nuestro matrimonio, en nuestra familia (incluso la ‘familia grande’), en las empresas donde trabajó, en la Patria, en la Iglesia” (Shaw, Enrique, *Notas y apuntes personales*, Acde-Claretiana, Buenos Aires, 2013, 112).

En esta ocasión, queremos compartir las reflexiones de Mariana Pardo Iosa a un libro que recoge la correspondencia que Enrique intercambiara con su novia y luego esposa, Cecilia, centrada en la construcción de un proyecto de vida en común en el matrimonio y la familia.

Sara Critto de Eiras. *Enrique y Cecilia. Cartas de amor*. Rosario, Ediciones Logos Ar, 2021, 432 pp. ISBN: 0978987732254

La obra que comentamos es un compilado de fragmentos correspondientes a 1602 cartas intercambiadas entre Enrique Shaw y Cecilia Bunge, primero su novia y luego su esposa. Esta selección, realizada por Sara Critto de Eiras –nieta de la pareja– revela una fuente inagotable de gracia para inspirar los corazones de las futuras generaciones de jóvenes novios y de matrimonios.

Estas epístolas, que van desde 1939 a 1961, son testimonio del amor entre dos fieles laicos cristianos comprometidos, que desde su

noviazgo sentaron bases sólidas para la conformación de una familia que se plenificaría con la llegada de 9 hijos.

Enrique Shaw fue recientemente declarado Venerable por la Iglesia Católica. Su vida estaría marcada profundamente por su amor a Dios y a Cecilia, con quien se casaría en 1943.

El libro se encuentra dividido en cuatro partes, que comprenden el noviazgo (20 a 22 años de edad), los primeros años de casados (22 a 25 años), su crecimiento espiritual conjunto, y la madurez de su amor (32 a 41 años), edad en la que se interrumpe abruptamente la historia, ya que Enrique fallecería tempranamente de cáncer a los 41 años de edad, el 27 de agosto de 1962.

Dentro de los hitos más destacados de la vida de Enrique, un tema recurrente es el de la vida militar. Habiendo alcanzado el grado de Teniente de Fragata en la Armada Argentina, se vio obligado a embarcarse en muchas oportunidades en cumplimiento de sus deberes militares, alejándose de su querida Cecilia. Sin embargo, este distanciamiento no sería en vano, ya que fortalecería su relación madurando tanto en la fe como en el amor. Fruto de este tiempo de separación son estas cartas, que dan testimonio de su vida en Cristo, pues según dijera el mismo Enrique “no hay felicidad sin algún dolor” (p. 30).

Enrique además siempre se ocupó de subrayar que su deseo por Cecilia era más espiritual que carnal, lo que trazó el itinerario de su tiempo de noviazgo y matrimonio. Desde muy joven tuvo en claro que el sentido de su vida era profundamente religioso. En la mayoría de las cartas, lo religioso sirve de punto de referencia para su vida en pareja, y viceversa: el amor conyugal es analogía de las cosas de Dios.

A lo largo de todo el libro se puede ver claramente como Enrique procura santificar cada pequeño momento, cada detalle de su vida, ofrecer siempre un poco más, incluso sacrificarse en los asuntos permitidos. La esperanza del reencuentro con su novia y después esposa no puede dejar de recordar la esperanza de la Iglesia de reencontrarse con su Esposo, Jesucristo.

Como es natural, a medida que el tiempo fue transcurriendo el contenido de las cartas se fue transformando. Así, el enamoramiento inicial dio lugar al justo cumplimiento de los deberes cotidianos, a través de los cuales Enrique siempre creyó que había de santificarse. De esta manera,

hacia el final de las cartas el mundo empresario comienza a tomar un lugar central, siempre desde la óptica de la Doctrina Social de la Iglesia.

Primera parte: Noviazgo

Durante toda esta etapa de noviazgo, las cartas entre Enrique y Cecilia son una verdadera preparación para el matrimonio. Profundizaron en diferentes temas fundamentales que constituyen el corazón de la vida conyugal, entre ellos, destacan el valor del mutuo conocimiento en el noviazgo, considerado como base sólida en el matrimonio, el respeto (incluso “extremo”) por la libertad del otro, la fidelidad conyugal y el ferviente deseo de formar una familia como un medio de salvación del alma, aceptando con alegría los sacrificios propios de la vocación y creciendo día a día en el amor. En relación al fin del matrimonio, ambos dejaban en claro su deseo de engendrar varios hijos y la importancia de su educación. A través de sus cartas, Enrique le manifestaba a Cecilia que uno de los más grandes bienes que podrían dejarle a sus hijos era el rezo del rosario, “con frecuencia, con interés, como una de las cosas no solo imprescindible de cada día, sino como agradables e interesantes” (p. 119).

En una de sus cartas, Enrique compartió con Cecilia su necesidad de demostrar la factibilidad del matrimonio católico, viviéndolo con sana alegría y sin temores. Para lograr este cometido, Enrique le expresó a Cecilia que siempre debían recordar las palabras evangélicas “sin mí nada podéis hacer”, proponiéndole rezar mucho y tener gran confianza en Dios como fundamento de su unión.

Otro de los temas más recurrentes en esta etapa es el referido a la felicidad. En muchas de sus cartas Enrique le exteriorizaba a Cecilia su deseo de hacerla “la mujer más feliz sobre la tierra”, para lo cual se propone hacer “todo lo posible o imposible” que de él pueda depender (p. 32). En otra de sus cartas la animó a “tener el coraje de ser felices y sin complicaciones mentales de ninguna especie con sencillez y con fe, con esa fortaleza que es una de las cuatro virtudes cardinales. Nuestro amor como nuestra religión no deben ser como algunos crean a esta, llena de tinieblas y prohibiciones sino alegres amándonos como lo haríamos si estuviéramos en el cielo” (p. 34).

Segunda parte: Primeros años de casados

El matrimonio sacramental de Enrique y Cecilia tuvo lugar el 23 de octubre de 1943, celebrado por un sacerdote salesiano, Adolfo Torquist, misionero y hermano de la madre de Enrique. Posteriormente, las cartas entre ellos se suspendieron hasta un mes después de casados, momento en que Enrique reasumió sus tareas militares en la Marina.

Durante este tiempo las cartas de Enrique a Cecilia expresan en primer lugar su agradecimiento por el Sacramento del Matrimonio recibido: “cuán agradecido le debo estar a Dios por haberme dado una mujer como tú, mi muy muy querida” (p. 217). En segundo lugar, muestran la plenitud del amor de un matrimonio cristiano que se encuentra subsumido en el amor a Dios. Todas las palabras de afecto de Enrique para Cecilia muestran esta unión íntima con ella en comunión con Dios: “Qué lindo es decirte que Dios te bendiga. En esas cuatro palabras, mejor que en ninguna otra, te expreso el indecible cariño. el fuertísimo vínculo que a ti me liga” (p. 217).

Rezar, comulgar y realizar actos de piedad, durante el tiempo que se encontraba embarcado, eran para Enrique una forma de sentir a Cecilia más cerca, más allá –y por encima– del mero intercambio epistolar. En una de sus cartas escribía con gran sencillez a su esposa: “fui a comulgar, realmente cuando le pido a la Virgen por tí, me parece como si estuviera contigo” (p. 217). También en varias oportunidades manifestó la alegría que experimentaba cuando Cecilia le comentaba que había recibido la Comunión pensando especialmente en él. Ambos esposos vivían fervientemente el acto de comulgar como una manera de “aprender a quererse más” (p. 221).

Las gracias recibidas por Enrique en el sacramento del matrimonio y su vida matrimonial lo llevaron a realizar profundas reflexiones, entre ellas la necesidad de “difundir la Verdad, demostrar que ella solo está contenida en la Iglesia Católica y ayudar a que ella la difunda” (p. 218). En otro fragmento de sus cartas manifestaba que sólo “después de rezar uno indiscutiblemente ve las cosas tal como son”, y siguiendo las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino escribía a Cecilia que “la verdad, como acerca a Dios, sosiega” (p. 221).

Después de pasar dos años estudiando Meteorología en la Universidad de Chicago junto a su esposa y su hijo y terminada la Segunda Guerra Mundial, Enrique presentó la baja de la Marina, concluyendo su carrera naval, emprendiendo otro rumbo de vida.

Tercera parte: Crecer juntos espiritualmente

En esta etapa de su vida, Enrique reflexiona en profundidad sobre el crecimiento espiritual de su matrimonio y propone a Cecilia escribir un programa de vida que llamaría “Peldaños de amor a Dios”. Este programa serviría como una guía práctica que ambos cumplirían como esposos para alcanzar la santidad en la vida cotidiana, siendo un punto de apoyo para su deseo de perfección humana.

Además de detallar el contenido de este Programa, las cartas recopiladas en este capítulo, revelan la gran devoción de Enrique hacia la Santísima Virgen María manifestando: “¡qué gran cosa es el Rosario, alma mía! Me siento en plena posesión de nuevas energías” (p. 302). Después de los trabajos más pesados y de los muchos días de guardias en la Marina, valoraba especialmente “ponerse en presencia de la Santísima Virgen, ofrecerle y pedirle tantas cosas” (p. 303).

Además, Enrique encontraba gozo espiritual en dos prácticas de piedad específicas. Por un lado, disfrutaba de la lectura de la Biblia, especialmente de los Salmos. Así reflexionaba: “entre el Rosario y el Evangelio busco mis únicos placeres; y ciertamente los recibo, y son muchos, grandes y duraderos” (p. 303).

Por otro lado, dedicaba tiempo a la lectura de los pensamientos de San Francisco de Sales, a quien admiraba profundamente. Enrique buscaba sintetizar estos pensamientos, valorando especialmente las jaculatorias que el Santo practicaba y recomendaba. En sus cartas, manifestaba su anhelo de asemejarse tanto a San Francisco de Sales como a Jesús, deseando ser dulce como ellos.

Por su parte Cecilia, en una de sus cartas confesaba cuánto le costaba leer por un rato los escritos de Santa Teresa (Las Moradas): “a veces pienso que soy demasiado como Marta y no bastante como María. Prefiero actuar más que contemplar y mientras actúo contemplo, que no es lo mismo” (p. 283). A pesar de la lucha espiritual que en-

frentaba, como fiel compañera de su esposo, en otro fragmento de sus cartas, Cecilia declaraba: “la perfección la buscaremos juntos y juntos llegaremos a esa séptima morada mediante un gran esfuerzo en la oración y la contemplación” (p. 283).

Cuarta parte: Madurez del amor

Para esta época, Enrique pensaba mucho en lo fuerte que era su matrimonio con Cecilia, incluso a pesar de la separación física, pues aun así vivían su “grandioso sacramento” y su “función de educar cristianamente” a sus hijos (p. 312). La preocupación por el bienestar económico atraviesa toda esta etapa, pues Enrique –según sus mismas palabras– procuraba siempre acrecentar el capital familiar. Sin embargo, lejos de tratarse de una mera búsqueda materialista de acumular riquezas, siempre tuvo en miras un fin evangélico. Remarcó que no había que buscar la vida común del matrimonio en “heroísmos” sino buscando el Reino de Dios, pues todo lo demás se da por añadidura. Por eso le propuso a su esposa practicar, según sus deberes de estado correspondientes, los tres consejos evangélicos: castidad, pobreza y obediencia, puesto que de esta manera podrían llegar a “esa vida que, porque divina, es verdaderamente humana y verdaderamente bella, una obra de arte” (p. 315).

Enrique pasaría tres meses en la Universidad de Harvard cursando un programa avanzado de gestión empresarial, donde comienza a crecer su conciencia de la necesidad de vincular más explícita y profundamente la sana doctrina con el mundo empresario, llegando a dar una exposición sobre espiritualidad y negocios.

Al término de este profundo recorrido a través de las cartas de Enrique y Cecilia, se hace evidente el secreto de cómo, a lo largo de su vida, lograron forjar una familia sólida, sostener una empresa próspera y alcanzar la santidad. Su ejemplo inspirador nos revela que es factible integrar armoniosamente las responsabilidades familiares, profesionales y espirituales.

En cada palabra, en cada expresión de afecto y en cada reflexión compartida de los novios/esposos, se vislumbra la presencia palpable

de lo sagrado, manifestándose en la unión indisoluble de dos almas que han encontrado en Cristo el fundamento mismo de su amor.

A través de los altibajos de la vida, de las separaciones impuestas y de los desafíos cotidianos, Enrique y Cecilia se elevaron juntos, nutriendo su amor con la gracia sacramental que les fortalecía en su camino hacia la santidad conyugal.

Así, estas cartas no solo son un testimonio conmovedor del amor humano en su expresión más pura, sino también un recordatorio sublime de la presencia de Dios en cada faceta de nuestras vidas.

Mariana Pardo Iosa
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
mariana.pardo@unsta.edu.ar



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional